



Eucaristía de apertura de curso en la Universidad Civil 2005

Primera lectura: 1 Jn 3,1-2. Evangelio: Jn 14,6-13; 15-17; 23-26

Tema: *Ser testigos de la verdad del hombre*

Magnífico Sr. Rector, autoridades académicas, profesores y demás miembros de la comunidad universitaria.

De acuerdo con la venerable tradición de esta Universidad, los miembros católicos de nuestra comunidad universitaria comenzamos un nuevo curso académico con la celebración de la Eucaristía y la invocación del Espíritu Santo, para que ilumine nuestro quehacer y lo configure como servicio a la verdad desde el amor.

Sólo podemos invocar rectamente al Espíritu Santo para aquello para lo que Jesús nos lo prometió y nos lo ha enviado desde el seno del Padre: para que esté siempre con nosotros como Espíritu de la verdad, que nos lo enseñe todo y nos recuerde todo lo que Jesús nos ha enseñado; es decir, para que, a través de la Palabra de Jesús, nos guíe al conocimiento de la verdad completa sobre Dios y sobre el hombre.

El Espíritu de la verdad es el Espíritu de Jesús resucitado, que a sí mismo se ha definido como la Verdad y la Vida, y es a la vez el Espíritu del Padre, hacia el cual Cristo es Camino, y con el cual Cristo constituye una unidad de ser, de vida y de acción. Por ello, puede decir Jesús: Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí; quien me ha visto a mí ha visto al Padre; si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; la palabra que os digo no es mía, sino del Padre que me ha enviado; las obras que yo hago, son obras del Padre, que permanece en mí.

Jesús resucitado nos infunde su Espíritu como regalo pascual, para llevarnos al conocimiento del Padre; para hacernos capaces de vivir en este mundo como él vivió y realizar las mismas obras que él hizo, para infundirnos su amor, que nos hace posible guardar su Palabra y ser sus testigos, para introducirnos en la participación de la misma Vida que el hijo comparte con el Padre, es decir, para hacernos hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina y templos donde el Padre, el hijo y el Espíritu Santo tienen establecida su morada.

Esta comprensión de nuestra existencia desde Cristo es la verdad sobre nuestra vida que el mundo no puede conocer, porque no ha conocido a Dios como Padre, ni ha reconocido a Jesús como su Hijo. Nosotros sí hemos reconocido nuestra verdad en el misterio de Dios, porque el Espíritu de la Verdad, que mora en nosotros, nos la ha hecho sentir y nos mueve a confesarla con inmenso gozo: “*Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!*” (1 Jn 3,1).

El Espíritu Santo realiza en nosotros la misma obra que realizó en Jesús. Igual que a Jesús le hizo ser en el seno de María el Hijo del Altísimo y Mesías, consagrado y enviado como Cordero



de Dios para salvar al pueblo de sus pecados (Jn 1, 29.32), a nosotros nos hace hijos de Dios por la participación de la vida de Cristo y nos revela nuestra identidad profunda con Jesús, del que somos imagen y semejanza, a la vez que nos encomienda llevar a cabo su obra de anuncio del Evangelio, es decir, **nos encarga ser testigos vivos de la verdad del hombre**. Este es nuestro servicio de amor al mundo, que hemos de realizar con la luz y el amor infundidos por el Espíritu Santo, para continuar la misión que el Padre encomendó a Jesús y que Jesús mismo nos ha confiado.

Pero, ¿cómo llevar a cabo esta misión de anunciar el Evangelio del Reino de Dios?

Estamos convencidos de que la verdad que constituye el ser, la vida y la misión de Jesús es también la verdad que funda y da sentido a nuestra existencia e ilumina y motiva nuestra tarea en el mundo. Más no olvidamos que el Reino de Jesús, que él calificó como Reino de la verdad, no es de este mundo. Así lo proclamó Jesús ante Pilato: “Sí, soy Rey”. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”. Pero, “mi Reino no es de este mundo”.

¿Cuál es, pues, el fruto que la verdad anunciada y vivida por Jesús puede dar en este mundo? ¿Es una verdad meramente testimonial y tan hermosa como inútil? ¿Tenía razón Pilato al preguntar con escepticismo qué es la verdad? ¿Cómo acoger la provocadora afirmación de Jesús: Yo soy la verdad? ¿Cómo acoger la provocadora afirmación de Jesús: Yo soy la verdad?

La situación actual de nuestra cultura parece ser una comprobación en la realidad de la afirmación de Jesús: Mi reino de la verdad no es de este mundo. En efecto, el problema más grave que nuestra cultura nos plantea es la **ceguera de la razón ante toda la dimensión no material de la realidad**.

Como expuso Juan Pablo II, en la encíclica *Fides et ratio*: “En el ámbito de la investigación científica se ha ido imponiendo una mentalidad positivista que, no sólo se ha alejado de cualquier referencia a la visión cristiana del mundo, sino que, y principalmente, ha olvidado toda relación con la visión metafísica y moral. Consecuencia de esto es que algunos científicos, carentes de toda referencia a la ética, tienen el peligro de no poner ya en el centro de su interés la persona y la globalidad de la vida. Más aún, algunos de ellos, conscientes de las potencialidades inherentes al progreso técnico, parece que ceden, no sólo a la lógica del mercado, sino también a la tentación de un poder demiúrgico sobre la naturaleza y sobre el ser humano mismo” (*Fides et ratio*, 46 b)

“Además, como consecuencia de la crisis del racionalismo, ha cobrado entidad el nihilismo. Como filosofía de la nada, logra tener cierto atractivo entre nuestros contemporáneos. Sus seguidores teorizan sobre la investigación como fin en sí misma, sin esperanza ni posibilidad alguna de alcanzar la meta de la verdad. En la interpretación nihilista la existencia es sólo una oportunidad para sensaciones y experiencias en las que tiene la primacía lo efímero. El nihilismo está en el origen de la difundida mentalidad según la cual no se debe asumir ningún compromiso definitivo, ya que todo es fugaz y provisional” (*Fides et ratio*, 46 c)

Desde esta interpretación de la existencia humana no sería posible comprender, por ejemplo, el fundamento y contenido de los derechos humanos, su valor y obligatoriedad permanece y universal, es decir, su absoluta inviolabilidad. Si perdemos la confianza en la posibilidad de



conocer la verdad del hombre, estamos renunciando a toda la posibilidad de afirmación de la justicia, si no sabemos qué es el hombre, ¿cómo podríamos determinar lo que al hombre le es debido?

Cuando la Iglesia exhorta a sus hijos a dar testimonio de la fe en Cristo y a comprometerse en la instauración de su reino de la verdad en este mundo, está invitándonos a ser para el mundo servidores de la verdad del hombre. En nuestro caso, en el respeto a la pluralidad y al legítimo relativismo, que garantizan el ejercicio del derecho a la libertad de cátedra en la Universidad, estamos llamados a ser buscadores y servidores de la verdad del hombre, acreditando con el testimonio de la vida y con el esfuerzo de la razón iluminada por la fe, la racionalidad de la verdad del hombre, revelada en Jesucristo.

Ninguna dificultad representa en orden a esta tarea la afirmación de Jesús, antes recordada, de que su reino de la verdad no es de este mundo. Jesús mismo nos ha dado la respuesta al enseñar, en la oración por sus discípulos: *“Ellos no son el mundo, como yo no soy del mundo. Santificalos en la verdad: tu Palabra es la verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también lo he enviado al mundo”*. (Jn 17, 16-18).

Así pues, nuestra presencia y actuación en la sociedad viene dada por un estar en el mundo, no de cualquier forma, sino como enviados por Jesús para continuar la misión por él recibida del Padre. En razón del origen, del contenido y de la meta de nuestra misión, que no recibimos de la cultura que nos rodea, y halla su consumación en la vida eterna (Jn 17, 2-3), nosotros no somos de este mundo; Jesús, al elegirnos y llamarnos a la fe en él, nos ha sacado del mundo (cf Jn 15,19) y nos ha hecho depositarios y testigos de la Palabra de la verdad, que ha venido a este mundo como luz y se ha hecho carne para la vida del mundo. Estamos, pues, en el mundo para ser testigos de la verdad, que el Espíritu nos hace capaces de conocer.

Más aún, estamos en el mundo para ser verdad, **para ser verdad en Cristo**. Nuestra relación con la verdad no es la que se tiene con lo que es exterior y ajeno a nosotros, sino con lo que somos y nos constituye, con lo que creemos y de lo que vivimos. Por eso, Jesús ha rogado al Padre que nos santifique en la verdad y que nos consagre en la verdad, es decir, en la Palabra del Padre, anunciada por Jesús y en él hecha carne humana. (Jn 17,17).

La santificación y consagración en la verdad implica, en Jesús y en nosotros, una real encarnación personal de la verdad. Por ello, Jesús no dice: Yo os anuncio la verdad, yo traigo la luz al mundo; sino que confiesa de sí mismo: *“Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de a vida”* (Jn 8,12). Y porque el ser luz es una dimensión de la propia vida, dirá: *“Yo soy la Verdad y la Vida”* (Jn 15,6).

En consecuencia, Jesús nos define también a sus discípulos como luz: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,13). Y, porque el don de su Espíritu nos capacita para hacer sus mismas obras, concluye: *“Brille así nuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”* (Mt 5,16).

Para que nuestra vida sea luz, Jesús se nos ofrece hoy también como alimento y nos recuerda: *“Yo soy el pan de vida”* (Jn 6,35). *“El que permanece en mí... da mucho fruto... Sin mí, no podéis hacer nada”* (Jn 15,5). *“El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”* (Jn 6,56) *“tiene la vida eterna”* (Jn 6,54).

19 de septiembre de 2005